

La solución del Barberillo de Santa Olalla

Llevaba camisa azul y en la manga la Laureada de San Fernando. Había estado en el Alcazar de Toledo. Entre si remojo y te afeitado, gustaba de recordarnos las peripecias del asedio: la mañana del primer bombardeo; el asalto, después de la voladura del torreón noroeste; la última noche, ya liberados, con los regulares del Comandante Mizzian-Benkassén que traían pan blanco... Los hechos, en su boca de muchacho en flor, adquirían una magnificencia tan soberbia que, cierta tarde, sin saber por qué no pude evitar una pregunta:

—Y tú, tan joven, en los momentos duros, ¿cómo te las arreglabas? —

Muy sencilla. Luchando y cantando.

Lo miré a la cara. Era moreno, casi cetrino, de facciones escuetas y recias como su Castilla, vagamente triste; tenía el gesto marcial de los antiguos Capitanes y la soberbia de las moharras de las banderas antiguas.

Lo miré a la cara y me recordó a los guzmanes de los tercios viejos, infante de Spinola, de Simón Antúnez o del Conde-Duque, que si hoy un colete acuchillado le servía de gola y de camisa, mañana, por arte de sus buenas trazas en plantar flamenco, podían dar en alféreces de alguna compañía, con su buena Cruz de San Andrés, o, si las cosas venían pintiparadas, en maestros de campo; que otro tanto hizo el señor Julián Romero, sin ser otra cosa que simple soldado. Y a las penas, puñaladas.

También ellos, siempre dispuestos al salto de la tierra a las estrellas que en los momentos más duros hallaron la solución de luchar y cantar. Cantar porque sí, sin saber por qué, acaso porque el corazón tenía que florecerles en un estribillo, como un milagro armonioso de su valentía.

Nosotros, los españoles, no acabamos de explicarnos este fenómeno de nuestra sangre caliente, de esta bendita sangre que, cantando y luchando a la vez, ha sabido pasear victoriosas sus banderas sobre todas sus espaldas y sobre todos los caminos.

Cantando desafíos lanzaban sus caballos los «homes» del Cid a por su fe y por su tierra. Cantando se fueron los cruzados a por un sepulcro y cantando se fueron los conquistadores a por otro mundo porque sus ojos se cansaban de mirar siempre los mismos horizontes. Entre canciones y espadas se ganaron los mejores cuarteles de nuestros escudos, y entre canciones y espadas se trajo el Imperio. Como, los Tercios de entonces entraban en combate tateando un compás como aquede:

La mi sola, laureola.

La mi sola, sola, sola...

Así los soldados de Franco marchaban hacia la gloria o hacia la muerte al son de una canción de amor y de guerra. Cantando empujaban los cañones los patriotas de la francesa. Cantando se hundieron los marinos del «Baleares». En los momentos más duros, cuando se nos han cerrado las sendas de la tierra, hemos sabido escapar por arriba, por el cielo, con un arma en la mano y una canción en los labios. Quizá porque nuestro corazón está hecho con pedazos de canciones o porque nuestras canciones están hechas con pedazos de nuestro corazón.

Luchar y cantar, o lo que es lo mismo, alegría en el sacrificio. Esta ha sido la norma de siempre y esta ha de ser nuestra norma de ahora en adelante. Y cuando el camino se nos haga difícil, encontramos la sencilla solución del Barberillo de Santa Olalla. En la vida y en la muerte.

MANUEL VELA GIMÉNEZ

Crónica internacional

La brillante participación de la División Azul en las operaciones del Frente del Norte, ha sido justamente recompensada al serle concedida a su prestigioso jefe, el General Muñoz Grande, la preciada Cruz de Hierro, que también ha sido impuesta a varios voluntarios falangistas heridos. Se hace observar que frente a nuestra División Azul se han presentado formaciones rusas de selección, quizás integradas por esa juventud pulcramente rasurada y mente fanatizada de que habla Barnisef en su conocida obra. No se ha opuesto a nuestros voluntarios falangistas el mosaico étnico a que nos tiene habituados el noticiario cinematográfico y el objetivo de nuestra prensa ilustrada, sino tropa escogida, bien ataviada. Pero la instrucción de esta escasa minoría del ejército soviético no ha sido bastante en sus desesperadas reacciones defensivas, a contener el ímpetu de la División Azul, modelada y adiestrada en la firme disciplina de nuestro Glorioso Ejército Nacional, del cual es florecido vástago en el confín de Europa. En su austeridad, el parte de guerra alemán recoge y subraya la actividad de nuestro cuerpo de voluntarios.

El Ministerio de Negocios Extranjeros alemán afirma de manera clara que la guerra habrá de terminar sin componendas, con el sólido argumento del peso de las armas germanas. En Londres se acusa un cierto movimiento de opinión, causado por el desencanto que les produce el desmoronamiento soviético. En algún acto público los asistentes al mismo no han ocultado su descontento que han manifestado ruidosamente contra los ministros ingleses que participan en ellos, Roosevelt dirige un mensaje a la Comisión de Política Exterior intentando cohonestar sus planes de política extranjera. Combate a los hombres públicos norteamericanos y a cuantos aún sin esta significación gozan de predicamento ante la opinión pública norteamericana, que, según él, favorecen a Hitler. Viene a cuento el recordar las repercusiones que tuvo en Estados Unidos la publicación del Libro Blanco Alemán, en que se hacía la exposición de las causas de la guerra con Polonia. Ilustra y comprueba la existencia de ese sector no intervencionista que el Presidente norteamericano pretende combatir en su mensaje citado, el hecho de que una importante asociación neoyorquina, identificada con la política presidencial, labora porque no se lleva a cabo una reunión en Madison Square Garden, de la organización «American First», de significación aislacionista. Se va definiendo en Estados Unidos una gran masa de opinión divorciada con la política presidencial, uno de cuyos exponentes más destacados lo hallamos en la prestigiosa figura de Lindberg.

La ocupación de Jarkof es un nuevo golpe a los centros industriales soviéticos, que determina una pérdida del 75 por 100 de su potencialidad industrial. Estados Unidos se ve ante la dificultad que supone el suministro a Rusia, con unas comunicaciones llenas de obstáculos. Tiene tres vías marítimas: la del Pacífico a Vladivostok; la de Alkangel, con el impedimento casi insuperable de los hielos, y la del Irán. El enrarecimiento de la atmósfera internacional en el Pacífico, con el aumento de tensión en sus relaciones con el Japón, le obliga a no contar mucho con la vía Vladivostok. En tal caso, el medio de comunicación es la vía Irán, con unas doce mil millas de navegación y un largo recorrido por ferrocarril de trazado accidentado.